

gues de la cortina que cubria la entrada el rostro pálido del rey.

Farax tuvo necesidad de esforzarse mucho para no lanzar un ¡ay! al contemplar aquel rostro en el cual parecia haber escrito el destino una sentencia de muerte.

«Señor.... dispensad si he venido tal vez á interrumpir vuestro sueño.... tartamudeó el antiguo traficante de Fez haciendo una profunda reverencia ante Zelim-Almanzor.

—Vosotros, dijo el rey apartando la cortina para ofrecer paso á Farax, sois los que debéis dispensar el que no haya sido de los primeros en levantarme á admirar los preparativos de la fiesta; pero adivino por el ruido que se oye que no por eso es menos el entusiasmo y el contento que reinan á nuestro alrededor.

—Vuestra presencia acabará de hacer feliz á vuestro pueblo.

—¿Habeis dispuesto que se sirva comida abundante?

—Hay sobradas provisiones para que el pueblo y el ejército se harte durante los tres dias.

—¿No habeis contado con que Aben-Rafi debe llegar de un momento á otro?

—Se han almacenado raciones suficientes para doble ejército del que puede traer. Los pueblos inmediatos á estas montañas nos han ofrecido voluntariamente sus ganados y sus granos. Si algun dia llegais á ser dueño de este pais, no olvideis á estos pobres montañeses. Conservan con toda pureza sus creencias y sus costumbres, y son en todo verdaderos musulmanes.

—¡Alá quiera que ellos á su vez no olviden mis sacrificios!

Farax se estremeció, no tanto por la exclamacion del rey como por el aire sombrío con que fué pronunciada. En aquel momento la mano de Sakfan apartó la cortina y el rey vió en primer término el rostro de su fiel capitán y en segundo el semblante atezado de un musulman montañés.

Aquel hombre era un espía y Zelim-Almanzor le hizo entrar.

«¿Qué noticias traes? le preguntó.

—Anoche mismo se puso en marcha el ejército cristiano.

—¿Quién ha quedado en Tales?

—Nadie; el castillo ha sido abandonado, y los pobres heridos, abandonados también en el pueblo, maldicen el momento en que salieron de Valencia. Una falsa noticia les obligó a dejar el pueblo. Se dijo que el Tuerto avanzaba con su gente y el miedo no les permitió dejar pasar la noche.

—Esta bien, dijo Zelim-Almanzor arrojando una moneda de oro á los pies del espía, el cual, apoderándose de ella con la presteza de un perro á quien arrojan un mendrugo, salió de la tienda riéndose de contento y pensando en las diversiones que le proporcionaría el oro que acababa de recibir.

—Ya veis, dijo Farax cuando se vió solo con Zelim-Almanzor, las noticias no pueden ser mas satisfactorias: el enemigo va á llevar el miedo y la consternación á Valencia, y pocos esfuerzos necesitaremos nosotros para entrar en ella.

Zelim-Almanzor guardó silencio.

«Pero noto que no os alegráis como debierais; añadió Farax; noto que la tristeza del alma se refleja en vuestro semblante, y á mi modo de ver nunca ha habido menos motivos que ahora para desconfiar del éxito de la guerra.

—Es cierto. Todo parece que sonríe á nuestro alrededor; más ¡ah! aquí en el fondo de mi corazón siento que se agita un horrible misterio. Soy preocupado y no puedo hacerme superior á mis temores y á mis preocupaciones.

—Sin embargo, permitidme que os advierta que vuestra tristeza es muy reciente, y que esos fatales presentimientos no dominaban ayer en vuestra alma. Señor, sed franco con un hombre que todo lo ha sacrificado por vos y que sacrificaría gustoso su vida por borrar de vuestra frente esas arrugas fatales que hoy la surcan.

El rey guardó silencio.

«Zelim-Almanzor, añadió Farax, ¿qué os sucedió anoche? ¿Qué funesto misterio encubre vuestro silencio?

Un estremecimiento repentino recorrió el cuerpo del rey y una mortal palidez se estendió por su semblante.

«¡Oh! exclamó, luego haciendo un violento esfuerzo; soy bien desgraciado, Farax!

—¡Desgraciado! murmuró el antiguo traficante de Fez conmoviéndose al oír aquella funesta palabra.

—Cuando todo parecía halagarme, el implacable destino ha venido á hundirme en un abismo de dolor.

—Permitidme que os recuerde que ayer no pensábais así; vuestra frente brillaba tranquila antes del combate, y despues os ví complaceros en la victoria que acabábamos de obtener.

¿Será pediros demâsiado intentar el saber lo que anoche os sucedió?

—Solo os diré; exclamó Zelim-Almanzor despues de un momento de pausa, que anoche comprendí cuán insensato he sido al pensar que podia haber felicidad para mí.

Farax miró al rey como si cada vez le comprendiera menos.

«El destino;» añadió Zelim-Almanzor con acento profundamente conmovido; abrió un libro funesto en donde la fatalidad escribió hace cien años el trágico fin de Kalender-Zeit, y el mismo libro ha debido abrirse y escribirá ahora el que á mí me aguarda. ¡Oh! mi raza parece estar maldecida; y mi sombra en la tierra seca todo lo noble, todo lo bello que se acerca á mi lado.»

Farax creía estar soñando al oírle hablar de aquella manera; pero la profunda palidez que cubria el rostro de Zelim-Almanzor y mas que todo sus miradas sombrías y recelosas, le decian bien claramente que aquel desgraciado era víctima de sus preocupaciones; y que nada bueno podia esperarse de un hombre que colocado en su posicion doblaba la cabeza ante ese fantasma invisible que los orientales llaman predestinacion. En vano, pues, intentó Farax desterrar del alma de su rey aquellas nubes siniestras que amenazaban destrozarlo todo, dejando frustradas las esperanzas del pueblo morisco. Ni las ventajas obtenidas ya, ni las probabilidades de ver aumentarse el ejército, parecian halagar al desgraciado Zelim-Almanzor. El desaliento se habia impreso en su frente; y en vano se esforzaba Farax en formar cálculos halagüenos para el porvenir.

Poco despues se apearon de sus magníficos caballos, á diez pasos de la régia tienda, el Tuerto, Ajem, Gazul y varios oficiales que acudian á saludar al rey.

Zelim-Almanzor que habia oido las pisadas de los caballos al acercarse á su tienda, adivinó sin duda el objeto que traia aquella lucida cabalgada, y queriéndose hacer superior á sus presentimientos sacudiendo sus amargos recuerdos, se levantó del almohadon en que habia estado sentado y se acercó con paso firme y aire resuelto á un espejuelo ante el cual se atusó el bigote y se arregló el turbante; entró luego en un cuartito formado con cuatro magníficos tapices de Tunez y salió de él un momento despues adornado con un precioso kaftan bordado de oro y salpicado de piedras preciosas.

Farax observó todo esto con visibles muestras de admiracion, y fué grande su asombro cuando vió que el rey mismo al oir hablar á sus capitanes en la pieza inmediata descorrió la cortina que los separaba, exclamando con aire de jovialidad y buen humor.

«Adelante, mis capitanes. Muy perezosos habeis estado en venir á saludar á vuestro rey, añadió Zelim-Almanzor invitando á los recién llegados á que tomasen asiento en los cojines de Damasco que rodeaban el rico almohadon que él ocupaba.

— Señor, se apresuró á decir el Tuerto, buenos deseos tenemos todos, pero os suponiamos muy cansado, y no nos atrevimos á interrumpir vuestro sueño.

— Gracias, señores, si ese ha sido el motivo de vuestra tardanza. ¡ Oh! el ejercicio de ayer me ha proporcionado un sueño delicioso. No sabemos qué tal noche habrá pasado el señor duque de Segorbe. Yo creo que si ha logrado dormir algunos minutos, nuestros alfanges le habrán perseguido tambien en su sueño, y al despertar su primera diligencia habrá sido ver si tenia la cabeza sobre sus hombros.»

Los capitanes aplaudieron el chiste del rey, que se esforzaba en aparecer satisfecho y contento.

Farax, cada vez mas admirado, espiaba con sus miradas los gestos y los menores movimientos de Zelim-Almanzor, y al

reparar que la tranquilidad parecia haber recobrado su perdido imperio en su semblante, se admiró y celebró en su interior la enerjía de aquel hombre, que despues de lo que le habia confiado poco antes, sabia presentarse risueño ante sus oficiales.

Durante media hora se siguió hablando de la batalla del día anterior y del desaliento con que caminaban los cristianos hácia Valencia. El Tuerto refirió lo que ya sabia Zelim-Almanzor: que no creyéndose seguras las tropas valencianas en Tales, habian abandonado el pueblo á las dos horas de su llegada, dejando abierto el castillo que hasta entonces habia sido ocupado por un destacamento cristiano.

—Todo marcha perfectamente; dentro de pocos días seremos dueños del pais, exclamó el Tuerto.

—Así lo espero, dijo el rey sonriendo de una manera particular. Farax sintió frio al ver aquella desconsoladora sonrisa.

—La alegría reina en el campamento, añadió Ajem, y el pueblo y el ejército desean veros para saldaros con sus vitorias. Tened compasion de su ansiedad y no tardeis en proporcionarles el placer de contemplaros.

Zelim-Almanzor dió orden para que enjaezaran su caballo, y un cuarto de hora despues montaba en uno que parecia doblegarse bajo el peso del oro y la seda que le cubrian.

Aquel magnífico cordobés, color perla, habia sido regalado al rey por Amed-Bekuir, que era uno de los ricos musulmanes que habian acudido á su campamento con todos sus tesoros.

La multitud se habia agolpado alrededor de la tienda vitoriosa á Zelim-Almanzor apenas le vieron montar á caballo.

En aquel mismo momento un incidente llamó la atencion de todos y reinó un silencio profundo mientras tuvo lugar:

Un derviche se acercó al rey y manifestó sus deseos de decirle la buena ventura.

El rey palideció al ver á aquel miserable, cuyas palabras acababan de causar tan honda sensacion en su alma avivando sus recuerdos.

Zelim-Almanzor mandó que apartasen al pobre diablo de

su presencia, y sus soldados se disponían á obedecerle cuando el derviche gritó: «¡Vuestra resistencia prueba que nada bueno os reserva el destino.»

Zelim-Almanzor, conmovido por sus preocupaciones y fascinado por aquella voz y por el aspecto del hombre que le hablaba, exclamó: «¡Mi destino! veamos cual es:» y mirando á sus soldados que sujetaban al derviche, añadió: «dejadle libre.»

Entonces el derviche sacó de su zurrón una cartulina, en la que se veían figuras cabalísticas y signos estraños. Rogó al rey que señalase con el dedo una de aquellas figuras, y éste lo hizo así:

Farax notó que el dedo del rey temblaba al fijarse en la figura.

El derviche sacó del zurrón una bolsita y se la presentó á Zelim-Almanzor para que sacase un número, el cual fué entregado con mano trémula. Entonces el derviche sacó de otra bolsita un papel, en el cual se veía escrito el número que el rey había sacado de la primera bolsa. Este papel, doblado cuidadosamente, fué entregado á Zelim-Almanzor con encargo de que no le leyese hasta que el sol se hubiera hundido en Occidente, previniéndole además que lo hiciese á la luz de la luna y no de otra manera.

Zelim-Almanzor prometió hacerlo todo como se le había dicho. Se guardó el papel, y despues de haber gratificado al derviche con una moneda de oro, se puso en marcha seguido de sus capitanes y recibió por todas partes las felicitaciones de los alegres moriscos que veían en él un manantial de venturas y felicidades.

Al pasar por cerca de la tienda en donde se hallaba herido el valiente Josuf, Zelim-Almanzor detuvo su caballo, se apeó de él y entró á saber como seguía el valiente capitán. Ajem, que era el que se habia encargado de curarle, tranquilizó al rey y al herido, diciendo que antes de ocho dias estaria en disposición de salir á campaña.

Después volvieron á montar á caballo para seguir visitando las cosas notables que se habían inaugurado en el campamento con motivo de la fiesta. Zelim-Almanzor admiró el buen orden que se notaba en todo. Celebró el pensamiento de la gran tienda que se había levantado para celebrar el banquete, y después de verlo todo con minuciosa escrupulosidad, regresó á la suya por un camino que una docena de niños habían cubierto de flores y verdura.

La broma y la algazara duró todo el día, y Zelim-Almanzor manifestó estar complacido cual nunca. Ninguno sospechó que pudiera tener motivo para no creerse el más feliz de los hombres. El mismo, á fuerza de fingir, llegó á veces á imaginarse que sus preocupaciones eran locas quimeras, que Amina no estaba cerca del campamento, y que Isabel de Meneses podría sentarse anchamente en el trono que le reservaba la fortuna; pero cuando se acordaba de que su mano había tocado la mano de Amina, que había oído su voz y su llanto, sentía sobre su alma todo el peso de sus remordimientos. Aquella mujer era para él la amenaza del destino. Cuando llegó la noche recordó el incidente del derviche. Se hallaba á la sazón en su tienda; la luna había comenzado á brillar en la bóveda celeste, y Zelim-Almanzor descorrió una cortina para poder leer el papel que le había entregado el derviche á la luz del astro de la noche, como le había prevenido al dárselo.

Una mano práctica en la escritura árabe había trazado en aquel papel las siguientes palabras:

«No es el crimen el camino mejor para llegar al trono.»

CAPITULO XXXI.

De como Isabel de Meneses supo una cosa que hubiera deseado ignorar.

La mas profunda tristeza reinaba en la casa del Renegado. Lució primero con sombríos colores en el semblante de Isabel de Meneses, y se reflejó bien pronto en los de Modum, Muslim y Almenar, cuyos corazones solo parecian dispuestos á alegrarse cuando veian la sonrisa en los lábios de la cristiana.

Una funesta melancolía se habia apoderado del alma de Isabel, y una desconsoladora sospecha la envenenaba. Hacia dos noches que su amante se presentaba con el semblante abatido, sin embargo de que la victoria debiera haberle hecho levantar la frente con orgullo. La naturaleza ha dotado á la muger de un instinto particular para reconocer la desgracia allá donde se alberga, y pronto adivinó que Zelim-Almanzor no era tan feliz como se esforzaba en aparentar. Sin embargo, la cristiana callaba siempre y no se atrevia á preguntarle á su amante qué causa habia dejado caer sobre su frente aquel siniestro crespon que entonces la oscurecia.

Modum habia puesto á Isabel al corriente de todo lo que habia sucedido en la gloriosa batalla, y de las fiestas que con este motivo se celebraban en el campamento de los moriscos. En honor de la verdad, tambien Zelim-Almanzor le habia hablado de aquellas fiestas, pero como de una cosa insignificante y de poco mérito. Sin embargo, la cristiana sabia que mas de cien mil luces, encerradas en vasos y faroles de colores diferentes, daban al campamento durante la noche el aspecto de un paisaje fantástico. Zelim-Almanzor no se habia cuidado de decirselo: la habia hablado de fiestas, pero no la habia dicho que eran tan sorprendentes como ella por otro conducto habia sabido. En vista de esto, ¿ podia la noble valenciana dejar de

pensar mal de su amante? Su conducta, sus palabras misteriosas, su profunda melancolía, y mas que todo su afan en aparecer tranquilo cuando pensaba que no lo estaba, habian sido la señal de alarma para el corazon de Isabel, y se habia conmovido hondamente. La Providencia parecia querer poner á prueba su valor, pero la cristiana no resistiria mucho. No era una de esas mujeres cuyos corazones están hechos al temple del acero; dispuestos por consiguiente á hacer frente á los mayores contratiempos. Ya en otra ocasion hemos bosquejado el carácter de Isabel: era apasionada, pero sensible y delicada. Su blanca piel y sus ojos claros se oponian á todo extremo violento. Nacida para ser víctima, doblaba ya la cabeza como si esperase la llegada del verdugo. Un círculo de color de plomo se estendia alrededor de sus ojos, revelando que las penas de su corazon habian trastornado su sensible naturaleza, y que alguna funesta enfermedad debia hacerla pronto su víctima.

El valor de las mugeres, hijo del entusiasmo, concebido al calor de sus imaginaciones, las conduce con frecuencia á las empresas mas difíciles, ó las coloca en las mas escabrosas sendas de la vida. La muger aspira á la sublimidad. La vida ordinaria mata el corazón con su eterna monotonía, y el de las pobres mugeres se revelà muchas veces contra ese cruel fastidio que el hombre puede combatir con el estudio y el cual combaten ellas con el amor.

Isabel de Meneses habia experimentado ese fastidio, ese vacío del corazon. El amor llamó oportunamente á las puertas del suyo en el momento en que la indiferencia de su hermano y la falta de una madre habian dejado penetrar el tedio en su alma. Isabel de Meneses tenia necesidad de amar, cuando quiso la casualidad que el descendiente de Zeit se presentase delante de ella. La oportunidad es la reina de las grandes conquistas; y además, el musulman se presentó á sus ojos con todos los atractivos que seducen á las pobres hijas de Eva. La poesía, la originalidad, el misterio, sus ojos negros y su traje de mahometano, todo fué seducirla, sin embargo de que todo debia haberla apartado de él como de un hombre á cuyo lado nada de

bueno debía prometerse. Es indudable: hay seres predestinados al sacrificio; sólo así se concibe que Isabel de Meneses pudiera amar al descendiente de Zeit. Lo que en otra mujer, ó en ella misma en diferente ocasion, pudiera haber sido motivo de duda, fué entonces causa de amor y motivo para quererle mas. La fatalidad pareció ser la medianera de aquellos desgraciados amores, y la pobre jóven se dejó seducir por la pasion, sin embargo de que una voz misteriosa parecia repetirla á todas hoñas que iba á ser desgraciada. La fascinacion no pudo ser mas profunda ni mas completa, ni pensó en los antecedentes de su amante, ni se detuvo á meditar sobre el motivo de su venida á Valencia en los momentos en que el emperador Cárlos V fulminaba terribles decretos contra sus correligionarios. La noble valenciana estuvo muy lejos de pensar que el musulman fuese un príncipe; y sin embargo, no pareció sorprenderse tanto como debiera la noche en que se lo reveló, después de haber estado próximo á ver arder para él la hoguera inquisitorial. El brillo de una corona no aumentaría un quilate el amor que ya sentia. Su corazon estaba lleno de aquel hombre. La habló luego de sus proyectos revolucionarios, de la guerra que venia á encender, de las esperanzas del pueblo oprimido, que le habia confiado su salvacion; todo esto equivalía á decirle: «Sígueme, ó renuncia á verme».

Isabel de Meneses le siguió á Espadan. Semejante á los seres que solo pueden vivir bajo cierta temperatura, necesitaba tambien respirar el aire que su amante respirara y vivir bajo el fuego de sus miradas.

La casa del Renegado, aquellas magníficas habitaciones decoradas con sorprendente lujo, el aspecto risueño del paisaje que se extendia alrededor, las flores del jardin, los cuidados de sus criados, la seguridad de ver á su amante algunas horas todos los dias, y la esperanza de que llegaria uno en que vendria á buscarla para no separarse ya de ella, habian casi difundido la calma en su espíritu. La felicidad habia ahogado sus recuerdos, y habia momentos en que se creia completamente dichosa; pero aquel bienestar fué corto: la ventura es breve y

el tránsito del bien al mal es el peor castigo que puede darse al que comprende todo el valor de la dicha que ha perdido. Isabel de Meneses sufrió, al ver la conducta que con ella observaba Zelim-Almanzor hacia dos días, lo mismo que debió sufrir el ángel malo cuando sus ojos, acostumbrados á la luz, fueron á abrirse en las tinieblas del abismo. Sin embargo, sus labios no se desplegaron para preguntar á su amante la causa de su tristeza. Un secreto presentimiento sellaba los labios de la cristiana cuando la curiosidad la impulsaba á quererlo saber, como si temiera encontrar una de esas heridas envenenadas que no pueden tocarse sin producir la muerte al que las sufre.

En otra ocasión hemos descrito el gabinete que ocupaba Isabel en la casa del Renegado, y el lector está ya enterado de la ventana que en él se abría sobre el jardín.

Isabel, según tenía de costumbre, descorrió la cortina de seda que la cubría, cuando el sol, próximo á desaparecer, no podía proyectar sus rayos en su aposento. La tarde estaba fresca, y la noche, cuyas oscuras sombras se estendían como un velo por el horizonte que se descubría desde la ventana, parecía disponerse á invadirlo todo. Sin embargo, de la brisa soplaba cada vez mas fuerte, se complació en contemplar el estado de la naturaleza; y ocupada en esto no observó que una muger se acercaba á la casa del Renegado. La muger por su parte no apartaba los ojos de la cristiana.

Algunos minutos despues Isabel se retiró de la ventana, abandonó su aposento, cruzó el salon, bajó la escalera, y apareció en el jardín.

Modum al verla en él desde el interior de su aposento, se complació no poco pensando en que la esperanza habria vuelto á alegrar el corazon de su señora, y que su bajada al jardín tendria por objeto coger algunas flores.

Isabel acababa de pararse delante de un rosal, y al ir á apoderarse de la rosa que la pareció mas bella, sus delicados dedos se encontraron ligeramente heridos por las agudas espinas que se habian ocultado á su vista.

«He aqui mi estrella, pensó Isabel, que parecía complacerse

en meditar sobre los mas pequeños accidentes de la vida; no solo en los grandes sucesos mi hado me manifiesta su enemistad; tambien en las cosas insignificantes me muestra su faz sombría.»

La rosa en cuestion no podia ser mas bella: entreabierta apenas, un pintor la hubiera tomado tambien para copiarla.

Isabel adornó con ella sus cabellos. Su adquisicion le habia costado una gota de sangre. Aunque su rostro se veia privado del ligero carmin, que en otro tiempo lo habia embellecido, la rosa no se avino mal con la profunda palidez que cubria su frente y sus mejillas. Si cualquiera hubiera podido verla en aquel momento con aquel nuevo adorno que brillaba entre sus cabellos caidos con cierto desaliño sobre sus espaldas; si hubiera podido ver como discurría por los andenes del jardin hollando la menuda yerba, hubiera creído ver una vírgen desprendida de un cuadro, la fantástica creacion de un pintor ó el ensueño de un poeta. ¡Cuán interesante estaba en medio de su tristeza! ¡Cuánta seducción llevaba consigo aquella languidez!

Entre tanto la puerta del jardin estaba abierta, y la muger que poco antes hemos visto que se acercaba á la casa del Renegado se asomó á ella para ver sin duda el jardin, y se retiró despues. Esta asomada no pasó desapercibida para la cristiana, la cual se acercó á la puerta, deseosa sin duda de hablar con aquella muger que por su trage indicaba ser una morisca, y en el momento que ésta alargaba segunda vez el cuello para ver el jardin, notó que la cristiana estaba á su lado.

La morisca era jóven: apenas contaria veinte años y ademas su semblante no carecia de belleza. Cabellos negros como el azabache, ojos negros y rasgados, y talle flexible revelaban su origen oriental: vestia corpiño encarnado y saya de forraje amarillo; pendiente de su brazo traía una cestita vacía. Su aire desenvuelto, su limpio trage y sus bellos ojos hablaron por ella á la cristiana, y disimuló no haber comprendido el misterio de sus asomadas á la puerta para ver si habia gente en el jardin, y el siniestro proyecto que revelaba aquella cesta vacía que colgaba de su moreno y redondo brazo. Su rubor sin

embargo, y mas que todo su turbacion, la hacian aparecer como una criminal cogida infraganti.

«Buenas tardes, señora, exclamó cuando se hubo repuesto de su sobresalto.

—Bien venida seas, contestó Isabel.

—No es á vos á quien buscaba.... porque habeis de saber que venia á comprarlas.... pero si vos quereis vendérmelas....

—¿Qué querias comprar?

—Las flores. No las que están frescas y lozanas como esa que llevais en vuestros cabellos, sino esas otras que mustias ya no tardarán en deshojarse.

—¿Qué intentas hacer con ellas?

—Llevarlas á vender al campamento del rey Zelim-Almanzor. Hoy es el último dia de fiesta; y las flores son allí muy buscadas, pues sirven para embellecer la tienda del rey.

—En ese caso puedes desde luego llenar tu cesta.

—Ya sé que tambien vos os interesais en que triunfemos nosotros.

—¿Por qué crees eso?

—En la masía inmediata, que es donde yo vivo, hemos oido decir que un capitan de los que vinieron con Zelim-Almanzor ha de ser vuestro esposo, y que esperais en esta casa el desenlace de la guerra.

—Muy bien enterada estás, hija mia.

—Me alegro de oir eso, dijo la morisca con alegría.

—¿Por qué?

—Por que una vecina mia dice que no es un capitan el que os ha puesto en esta casa.

—¿Quién cree ella?

—Es una necia en pensarlo.. Supone que es el mismo Zelim-Almanzor.»

Isabel se conmovió ligeramente. Sin embargo, la morisca no pareció notar esta conmocion, pues se apresuró á decir:

«Como si una muger destinada á ser reina pudiera avenirse á vivir en esta casa!.... ¡en esta casa, que á pesar de ser buena, nadie la quiere!....»

La cristiana se estremeció.

«¿Qué dices?

—¿Yo? nada, señora, se apresuró á contestar la morisca creyendo que sus palabras habian ofendido á la dama.

—¿Qué se encierra de particular en ella para que nadie la quiera?

—Si yo no he dicho nada de vuestra casa. Si es muy buena, exclamó la morisca siempre en la idea de que la cristiana hablaba ofendida.»

Como el lector adivinará, Isabel se habia conmovido al oír hablar, de la manera que lo hacia la morisca, de la casa del Renegado. En mil ocasiones la palabra renegado habia despertado en su alma ideas sombrías. Mil veces habia pensado que algún miserable la habia legado aquél nombre abandonando su religion: sin embargo, nunca se habia atrevido á preguntar el misterio que encubria la palabra bajo la cual era conocida en seis leguas á la redonda la casa que habitaba. En mas de una ocasion habia tambien notado que muchos, atraidos por la curiosidad de conocerla, se habian acercado á verla, pero nadie como la muchacha que tenia delante se habia atrevido á llegar hasta la puerta del jardin. Todo esto, recordado súbitamente, impulsó á la cristiana á manifestar sus deseos de saber por qué motivo su magnífica morada se llamaba la casa del Renegado.

«Dime, buena muchacha, ¿tienes mucho interés en llevarte las flores?...

—Mucho..... contestó la morisca haciendo un gracioso mohín; como que quiero con su producto comprarme un anillo.

—Pues bien, yo te daré las flores y ademas un anillo de oro si me cuentas la historia de esta casa.

—¿Cómo?... ¿no sabéis?... Segun eso, os han traído engañada..... ¡pobre señora!

Isabel sufrió oyendo aquellas palabras de compasion lo que no es posible pensar. Entonces no dudó ya que sobre la casa que se levantaba á sus espaldas pesaba alguna funesta maldicion ó que algun sangriento drama habia tenido lugar en sus habitaciones.

«Vamos, exclamó llena de ansiedad; dime, dime por qué la llamas la casa del Renegado?» —En pocas palabras os lo contaré. ¡Lo ha referido una tantas veces!... Todos al verla tan grande y tan hermosa preguntan: «¿á quién pertenece esa casa? ¿por qué se llama la casa del Renegado?» y nosotros los habitantes de estas cercanías tenemos que decirlo todo. ¿Con qué vos nõ lo sabeis eh?... créo que me engañais.

—Créeme... nada sé, murmuró Isabel. —Hace muchos años un caballero cristiano recibió el encargo de ir á redimir cautivos á Argel. Eran mas de veinte los que esperaban la salvacion á su llegada. Las mãdres, los hermanos, las mugeres, todos á porfía habian püesto en las manos de aquel caballero sumas de dinero que debian servir para que sus hijos, hermanos ó esposos recobrasen la apetecida libertad. Esto sucedia en Denia, y dícese que fue aquel un dia de mucho regocijo: ya se ve, como que esperaban ver pronto á los que habian sido vendidos en Argel... todos creian que el caballero era muy bueno y muy honrado; vaya, como que era, segun dicen, de una familia muy apreciada en la costa; però pronto conocieron la equivocacion en que habian estado. ¿Sabeis lo que hizo?....

—¿Qué? preguntó Isabel que oia con suma atencion á la morisca.

—En vez de romper las cadenas de los pobres cautivos, renegó de su religion y se hizo mahometano, y el dinero que tantos sudores habia costado á los que se lo dieron, sirvió para que él se divertiera muy bien, y para que se diera una vida muy regalada. Algun tiempo despues se embarcó para España, però en vez de ir á su pais, en donde las pobres mãdres que habian dado su dinero para ver á sus hijos le habrian desollado, se vino á Tales y compró estos terrenos y edificó esa magnífica casa, que pronto fue llamada la casa del Renegado.

—¡Dios mio! exclamó Isabel mirándola con horror. —Oid, oid. Bien veis que la tierra es buena y que da abundantes cosechas ahora; pues entonces dicen que ningún año lo-

gró aquel hombre entrojar mas de media docena de cahizes de grano. Las nubes siempre descargaban piedra sobre sus sembrados, y dos veces dicen que el diablo intentó hacer arder la casa; pero él, que tenía una alma mas negra que la del diablo mismo, volvía á ponerla en su antiguo estado: al fin se cansó de luchar con él y entonces elevó sus ojos á Dios. Cuentan todos que daba compasion..... llamaba á los pobres, pero los pobres rehusaban su pan como si estuviera envenenado. Sus criados le abandonaron tambien. El infeliz quedó enteramente solo, y dicen que un dia quiso montar un caballo para huir de esta casa y que el caballo le derribó, y despues de patearle se alejó de él... Los demás animales imitaron al caballo y el renegado quedó solo con sus remordimientos... Luego cayó enfermo, y teniendo miedo de encerrarse en casa, se acostó debajo de un árbol, y alli le encontraron muerto algunos dias despues.... No hubo una mano compasiva que echara un puñado de tierra sobre su cadáver, y los lobos y los perros se abstuvieron de comer su carne maldecida. Como aquel desgraciado no tenía familia que quisiera heredarle, sus tierras pasaron á ser del rey, y los moros que habitan en las masías inmediatas las cultivan. La casa servia solo para albergarse en ella cuando alguna tempestad les sorprendia en estos campos. He aqui todo lo que puedo deciros de vuestra morada: ahora dejadme coger las flores y dadme el anillo si es que persistis en lo dicho.

Isabel, pálida de terror, indicó á la morisca con la mano que entrase á llenar la cesta, y luego, sintiéndose enferma y que sus piernas se negaban á sostener el peso de su débil cuerpo, se sentó, ó mas bien se dejó caer en un sofá de piedra que habia junto á la puerta por donde habia entrado la morisca.

Algunos minutos despues vió que esta se acercaba á ella con la cesta rebotando de flores.

Isabel, que se sentia demasiado conmovida para hablar, se quitó una sortija de uno de sus dedos y esperó que la morisca fuese por ella. Esta, al notar la palidez mortal que cubria el rostro de la dama, se sobrecogió y quiso preguntarla la causa

de la alteracion que notaba en ella; pero la voz de Isabel y el tono con que habló, puso un sello en su boca.

«Vete con tus flores y tu sortija, y ¡Dios te perdone el mal que me has hecho!»

La pobre morisca se fue creyendo si seria un sueño lo que habia visto y lo que habia oido; sin embargo, la sortija que brillaba en su mano la diria siempre con sus májicos resplandores que habia estado en la casa del Renégado.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA

...habia estado en la casa del Renégado.
...la sortija que brillaba en su mano...
...si seria un sueño lo que habia visto...
...sin embargo, la sortija que brillaba...
...de la alteracion que notaba en ella...
...pero la voz de Isabel y el tono con que habló...
...puso un sello en su boca.

...habia estado en la casa del Renégado.
...la sortija que brillaba en su mano...
...si seria un sueño lo que habia visto...
...sin embargo, la sortija que brillaba...
...de la alteracion que notaba en ella...
...pero la voz de Isabel y el tono con que habló...
...puso un sello en su boca.

lo y faldas de su el otro; pero en medio de sus movimientos al ir y venir, se veía en cada una de ellas un movimiento que no podía ser otra cosa que el de la vida. Esto con las cosas y el mundo en su conjunto.

CAPITULO XXXII.
 Djan—Pulad.

Modum se paseaba á lo largo en la cocina de la casa del Renegado. Era de noche, y la luna, oculta entre espesos nubarrones, habia dejado de alumbrar la tierra. Un vientecillo, mas fresco y mas fuerte que el que ordinariamente sopla en las noches de primavera, se deslizaba por la ventana abierta, á la cual se acercaba el mayordomo como si esperase á alguno ó como si desease ver algun objeto. Cada vez que esto sucedia, Muslem que estaba sentado en una silla con la cabeza caida sobre el pecho en señal de profundo abatimiento, preguntaba:

«¿Viene? ¿es él?»

Modum contestaba siempre lo mismo.

«Nada se vé.... nada se oye.

—Será preciso ir á buscarle.... dijo Muslem levantándose de su asiento.

—Preciso será..... contestó Modum meneando la cabeza.

—¿Sospechais algo? preguntó Muslem.

—Ningun motivo tengo para ello.

—Sin embargo, la fuente dista un cuarto de legua y hace mas de dos horas que marchó.

—Lo sé, dijo Modum tristemente, como si previese algo de funesto que no tuviese valor para comunicarlo á su compañero.

—; Si le habrán asesinado!»

Modum se estremeció, despues exclamó:

«¿Quién puede haber cometido ese crimen? Los cristianos huyeron de Tales no creyéndose allí tampoco seguros, y los habitantes del pais son enteramente nuestros.

—Sí..... es verdad, pero..... mirad. »

Esto diciendo, Muslem señalaba un punto en donde se movía un objeto. Modum se acercó á la ventana, y alargando el cuello cuanto le fué posible para ver bien, observó que en efecto, un bulto que por su forma parecía una persona, se alejaba, comprendiendo sin duda que su presencia habia sido notada desde la ventana.

«No cabe duda.... es un hombre.»

—¿Dudareis ahora que Almenar habrá sido asesinado?

—¡Asesinado! murmuró Modum apartándose de la ventana.

—Sí; no atribuyais á otra cosa su tardanza. ¡Pobre Almenar!

—Pero ¿quién ha podido cometer ese crimen? Si él ha muerto, tampoco nosotros estamos seguros.

—Eso creo, dijo Muslem. A mi entender nos aguarda la misma suerte. Esa muger es odiada, y si algo se ha proyectado contra ella, no se habrán acordado de hacer abstracción de nosotros.

—Hablais por hablar, Muslem. ¿Quién se ha podido atrever á proyectar nada contra la cristiana?

—Decidme vos: ¿quién no desea verla muerta? ¿Quién es el que no cree que el amor de esa muger es una nube sombría que oscurece el porvenir del rey?

—Es verdad; dijo Modum; todos la odian.

—Y nosotros la odiaríamos lo mismo si no hubiésemos tenido ocasión de conocer que es muy digna de ser querida. Su corazón es un tesoro de dulzura y de bondad.

—¡Pobre Isabel!

—¿La habeis visto esta noche?

—Sí: me ha parecido que estaba estremadamente pálida.

—Tambien á mí. Esa morisca ha debido decirle algo desagradable.

—¡Es cosa singular! dijo Modum llevándose la mano á la frente, como si hubiera querido desterrar alguna siniestra idea.

—Preveo, dijo Muslem con señales de desaliento, que la indisposicion de la cristiana coincide con la tardanza de Al-

menar y con la presencia de ese hombre funestó que poco hace acechaba esta casa. Además, hace tres días que vuestro camarada Azam no viene á veros.

—Muslem, exclamó Modum, que adivinaba adonde iba á parar su compañero, sospechais de todo el mundo. Azam es un buen amigo; en Fez era palafrenero del rey, y antes se había adquirido en cien combates el sobrenombre de *Djan-Pulad* (1). Para sospechar de ese hombre sería necesario que viera su puñal sobre mi pecho, y aun entonces creería que era una vision.

—Mucha fé teneis en vuestro amigo, dijo Muslem, que parecia no ser de la misma opinion respecto al hombre de que hablaban.

—Su conducta me obliga á ello....

—Sin embargo, yo le he visto examinar las puertas de esta casa con una curiosidad bien sospechosa. Además, me acuerdo de la tarde en que la cristiana, bajando al jardin, nos encontró en la escalera. Jamás he visto en rostro humano una conmocion parecida á la que experimentó el suyo al ver á aquella muger.

—Azam, dijo Modum, participará del odio que la tienen casi todos los musulmanes. Es fanático y creerá que el rey hace mal en amar á una muger de contraria religion.

—Veo que vuestra amistad lo domina todo, y que ella ha colocado siempre una venda en vuestros ojos. Alá quiera que no tengamos motivo para arrepentirnos de haber permitido entrar á ese hombre en esta casa, y vos sobre todo de haberle dado la mano de amigo.»

Modum calló. Las palabras de su compañero habian hecho brotar la duda en su corazon y dudaba ya de su buen camarada Azam. Sin embargo, como tantos años de buena amistad hablaban tan en favor del palafrenero del rey de Fez, Modum aun le hubiera estrechado su mano si le hubiera visto en aquel momento.

Muslem entre tanto habia entrado en un cuartito que habia

(1) *Djan-Pulad* significa alma de acero.

junto á la puerta que daba entrada á la cocina, y salió de él armado con un arcabuz. Además se habia provisto de un afilado cuchillo.

—¿Os vais? preguntó Modum.

—Sí; voy á ver si mis temores son ciertos, dijo Muslem.

—Acaso se haya dormido al susurro de la fuente.

—Creo que su sueño será mas profundo.

—¿Con que persistís?...

—En que ha sido asesinado.

—Entonces no debeis salir. Si él lo ha sido, tambien vos

tendreis el mismo fin. Esperad é iré yo con vos.

—No, eso no.

—¿Por qué?

—Esa persona que hemos visto acechar la casa entraria en

ella tan luego como nos viera salir á los dos.

—Cerrarémos puertas y ventanas.

—Entonces la veriamos arder.

—Estais terriblemente funesto, dijo Modum.

—Quedaos aquí. Yo voy bien armado y tendré la triste sa-

tisfaccion de poderme defender en caso de ser atacado. El pò-

bre Almenar no habrá podido hacerlo, y habrá muerto como un

pobre diablo.

—Pensad que la impaciencia se queda conmigo, exclamó

Modum viendo partir á su compañero.

—Si nada sucede, pronto estaré de vuelta, dijo Muslem.

Modum quedó solo en la cocina. La soledad convida á la

meditacion, y el mayordomo se puso á meditar sobre lo que le

habia dicho Muslem respecto de Azam, y sobre la indisposicion

de la cristiana. Recordó á la persona que poco antes habian

visto moverse en la oscuridad, como un lobo que acecha el si-

tio por donde asaltar el establo, y sintió miedo en el corazon

y frió en su cuerpo. Era indudable que alguna horrible des-

gracia se cernia sobre la casa del Renegado. El alma tiene sus

presentimientos, y la de Modum le anunciaba el mal. Asaltado

por mil funestos pensamientos, abandonó la silla en que se habia

dejado caer cuando vió partir á Muslem y se acercó á la ventana:

La noche seguía oscura y el cielo amenazante; las nubes habían tomado un color más oscuro; el viento soplaba con más fuerza, y la luz que ardía á sus espaldas en la cocina, agitada por él, proyectaba sombras fantásticas á su alrededor. Cuando cesaba el viento, cuando pasaban aquellas ráfagas, que parecían mensajeras de la tempestad que reventó más tarde, reinaba un silencio tan profundo que hubiera permitido oír el vuelo de un pájaro. Aquel silencio acabó de enfriar la sangre en las venas del mayordomo. Poco después tuvo necesidad de apoyarse en el marco de la ventana para no caer desmayado. Su vista se había oscurecido durante algunos segundos.

Acababa de oír un ¡ay! profundo, agudo, doloroso; uno de esos ayes con los cuales parece escaparse la vida. Se había oído en dirección á la fuente, y Modum lo comprendió todo.

Muslem había sido asesinado también.

«¡Dios mío! murmuró Modum apartándose de la ventana, pálido como un cadáver. ¡Esto es horrible! Ya solo quedo yo, y ese fantasma cruel, que asesina á cuantos salen de aquí esta noche, me esperará á mí!... Los asesinos deben ser más.... ¡Muslem era valiente é iba perfectamente armado!... Sí.... sí.... un hombre no hubiera podido acabar con él.... Solo ese de quien él sospechaba!...»

Una nube sombría pareció cruzar por la frente del mayordomo. Arqueó las cejas, meneó la cabeza, y luego añadió como herido por una idea.

«¡Azam! ¡Dios mío! ¡Qué negro presentimiento!!!»

Modum permaneció algunos minutos inmóvil. Su corazón latía violentamente, y mil pensamientos á cual más tristes asaltaban su mente. Era preciso tomar un partido. Modum, arrebatado por un movimiento nervioso, pensó armarse para salir á vengar la muerte de sus compañeros; pero meditando un poco comprendió que su generosa acción iba á ser causa de que los implacables personajes que rodeaban la casa acabasen de realizar sus sangrientos designios, y desistió de su primer proyecto. En vez de salir á atacar, pensó estar á la defensiva; y para ello creyó preciso asegurarse de si estaban cerradas las

puertas; pero ¿cómo decirle á Isabel, que acostumbraba tener la ventana de su gabinete abierta hasta muy tarde, que la cerrara? ¡Oh! ¡pobre Isabel! exclamó el mayordomo, al pensar en la sorpresa que podría causar á la cristiana, ¡cómo temblarías si supieras que de tus tres criados ya solo uno te resta!... y la infeliz estará muy tranquila esperando ver entrar á Zelim-Almanzor; pidiendo á Dios que venga mas contento que las noches pasadas!... ¡Cuál sería su sorpresa si me viera entrar á decirle!... Dispensad, señora, pero no podeis tener esa ventana abierta!... Estamos sitiados por gente que se ha propuesto acabar con nosotros, y Muslem y Almenar no existen ya!... ¡Pobre muger! moriria de dolor.... No la digamos nada.... Además, la ventana de su gabinete está bastante alta y no hay temor de que por allí puedan entrar!...

En aquel momento se oyó el ruido que produce una pesada puerta al abrirse.

Modum quedó petrificado. Su corazón parecia próximo á saltar del pecho, y sus ojos, como los de un calenturiento, lanzaron miradas vagas, como si buscasen quien pudiera explicar el misterio de aquel ruido y qué mano acababa de abrir aquella puerta. Volvió á reinar el mismo silencio aterrador que antes había helado la sangre en sus venas. ¡Dios mio! ¡qué angustia! ¡qué silencio!

Un segundo ruido, oído en el aposento inmediato á la cocina, sacó á Modum de su inmovilidad; pensó que podían ser ladrones, y esta idea despertó en su corazón su antiguo valor. La noche con su silencio y Muslem con sus sospechas le habían enervado, pero Modum al fin era un valiente, y cuando en vez de un fantasma ó de un amigo pensó que iba á luchar con un miserable ladron, sintió renacer su energía, y apoderándose de un cuchillo de monte que habia sobre la mesa, salió de la cocina con aire resuelto y paso firme, dispuesto á hundir su arma en el primer pecho que encontrase.

Modum, sin embargo, no habia pensado que el que asal-

taba la casa del Renegado debía ser persona que no se dejaría asesinar impunemente. Modum obró precipitadamente. Obró como un valiente, pero la astucia le esperaba detrás de la puerta, y comprendió que había cometido una imprudencia cuando sintió que una mano de hierro le sujetaba por el cuello, ínterin que un puñal penetraba en su pecho.

«¡Ah!...! Qué noche... tan aciaga!...» tartamudeó Modum cayendo de rodillas y luego de espaldas sobre el duro suelo.

Modum al caer había abierto la puerta de la cocina completamente y la luz que ardía en ella permitió que el moribundo viera el rostro del asesino, sin embargo de que éste, al pensar que podía ser reconocido, trató de cubrirselo con el alquicel que llevaba.

«¡Azam!...! péll...! tú!...!» Un amigo!... balbuceó el mayordomo removiéndose sobre un charco de sangre.

«—Sí,» exclamó el asesino con tono solemne, «tú amigo!»

«—¡Qué horrible de.... sen.... ga.... ño!» tartamudeó Modum con las ansias de la muerte.

«—Modum, exclamó Azam inclinándose sobre el moribundo, no me culpes a mí... Alá sabe y ve que tu muerte desgarró mi corazón...! culpa a la fatalidad!... Una gran justicia se ha de cumplir para castigar un negro crimen, y tú eras un obstáculo...! era preciso apartarte, y lo he hecho. Te conocía perfectamente y sé que no me hubieras permitido llegar hasta ella...!»

El moribundo entreabrió los ojos. ¡Ella! esta última palabra al resonar en sus oídos, pareció ser suficiente para hacerle comprender lo demás.

«Infe... liz... ella de... sea la muerte!»

«—Pues bien, verá realizados sus deseos, dijo Azam.»

El moribundo fijó sus ojos, empañados por el vapor de la muerte, en el siniestro rostro del asesino, y al ver que en su frente brillaba la tranquilidad y que sus facciones habían recobrado la calma, murmuró haciendo el último esfuerzo.

«¡Ah! te reconozco perfectamente... en este momento.... re.... recuer.... do que... tengo... delante... lá... Djan-Pulad.»

... y cuando se abrió la puerta, y salió el africano, y se detuvo ante el aposento de Isabel, y se quedó mirando a la puerta, y se quedó mirando a la puerta, y se quedó mirando a la puerta...

CAPITULO XXXIII.

... y cuando se abrió la puerta, y salió el africano, y se detuvo ante el aposento de Isabel, y se quedó mirando a la puerta, y se quedó mirando a la puerta, y se quedó mirando a la puerta...

La corona.

Quando Azam se aseguró de que Modum no existia ya, entró en el salon, lo cruzó andando sobre las puntas de sus pies, y se detuvo ante el aposento de Isabel. La puerta estaba entreabierta y la vista perspicaz del africano pudo descubrir todo lo que habia en el interior de aquel aposento tan lleno de luz y de aromas. Isabel se hallaba sentada en una silla, junto á la ventana que se abria sobre el jardin, de la cual hemos hablado en otras ocasiones. Con los ojos fijos en el cielo, por el cual se deslizaban grupos de nubes cada vez mas sombrías, parecia rogar á Dios que hiciese desaparecer el nublado para que la luna alumbrase con sus poéticos rayos el camino que debia cruzar su vida. Poco despues apartó los ojos del cielo, dejó de contemplar los progresos de la tempestad que se formaba sobre su cabeza, y cual si la oscuridad que comenzaba á reinar la hubiera acobardado, trayendo á su imaginacion ideas sombrías, se levantó de la silla y se dirigió hácia la mesita, en la que su fervor cristiano habia formado un altar. Una pequeña imagen de Cristo pendia de la pared, dos bujías ardian á sus pies y dos jarros de porcelana contenian flores abundantes y de variados matices, que la mano de Modum habia colocado allí por la mañana, sin preveer que lo hacia por última vez. Isabel se arrodilló ante su altarcito y comenzó á orar.

Azam al ver esto se estremeció, como el tigré sediento de sangre. Llevó la mano al yatagan, y su hoja funesta brilló ya casi fuera de la vaina, cuando asaltado por otra nueva idea exclamó:

«¡Hipócrita! Le ama y llora..... Ahora pedirá á su Dios que su amante venga pronto.... Luego le dirá que es muy desgraciada. Cuando por otra parte estará soñando en la corona, pero no brillará sobre su frente..... ¡Pobre Amina!»

Al recordar á su señora, Azam sintió que la sangre se agolpaba á su cabeza, mientras que su mano habia vuelto á empuñar el yatagan; pero luego, firme en su idea de no derramar mas sangre, se desprendió del arma fatal, y abriendo la puerta con estrépito, exclamó:

«¿Qué pedis á esa imágen?»
 Imposible es describir el asombro que se pintó en el semblante de Isabel al oír aquella voz que habia sonado á su espalda, y al ver aquel rostro desconocido. Un rayo desprendido de entre las nubés que poco antes habia mirado desde la ventana, no la hubiera causado tan honda impresión.
 «¡Un hombre!... ¡Un desconocido!» murmuró la pobre sin atreverse á levantar los ojos.
 Azam se sonreía con todo el aire de desprecio de que era susceptible un hombre que para llegar á aquel aposento habia pasado por encima de tres cadáveres, siendo el último el de un antiguo amigo. Azam la miró como el tigre que se complace en ver temblar al tímido corderillo que va á ser su presa. De vez en cuando sin embargo su semblante tomaba un aspecto sómbrío como si preveyera algo de funesto, pero luego su frente se desarrugaba, y un invariable designio y una fé verdaderamente oriental brillaban en sus ojos. La cristiana temblando, pálida como un espectro, sin fuerza para respirar, sin valor para articular palabras, se atrevió sin embargo á fijar sus ojos en aquel hombre que para ella era un problema.
 «¿Esperábais á otro, no es verdad?» preguntó Azam avanzando un paso.

—¡Dios mio! murmuró Isabel.

«¡Hablad, señora!»

«¡Sí... sí... esperaba...»

«A vuestro amante; á Zelim-Almanzor?»

—Pero..... ¿quién sois vos? se atrevió á preguntar Isabel

pasándose la mano por la frente: decidme, añadió, ¿á qué habeis venido aqui?

—No os asusteis, señora mia. Una muger que tiene valor para vivir en esta casa maldita, nó debe temblar por tan poca cosa, mayormente cuando aun no os he hablado del objeto de mi venida, y cuando nada tampoco os he dicho de lo que pasa á vuestro alrededor.

—En efecto, pensó la cristiana como si se contestara á sí misma, ¡ha entrado aqui!... ¡Modum le ha dejado pasar!...

Esta idea heló la sangre en sus venas. La cristiana pareció comprender lo que habia sucedido; y si aun dudaba, las manchas de sangre que se descubrían en el ropaje del africano, la hicieron adivinar que su yatagan le habia abierto paso, y que el silencio que reinaba á su alrededor era el silencio de la muerte. A pesar de esto, tuvo valor para llamar á sus criados.

—¡Modum, Muslem! gritó deseando saber si en efecto ya no existían.

Nadie contestó.

Entonces Isabel de Meneses se dejó caer á los pies de Azam, cruzó sus manos pálidas y descarnadas, fijó en él sus ojos que parecían velados por la sombra del espanto, y exclamó:

«No os conozco; nó sé quien sois ni que va á ser de mí; pero vuestras palabras, vuestras sonrisas, vuestros gestos, me llenan de miedo. No sé lo que por mí pasa, é ignoro lo que sucede á mi alrededor. ¡Llamo á mis criados y no acuden á mi voz; os miro á vos y veo sangre en vuestro alquicel, en vuestro calzon y en vuestras manos! ¿Decidme que ha sido de mis criados? ¿Decidme que es de Zelim-Almanzor? ¡Oh! vos nó podeis ser su enemigo, porque vestis el traje de los suyos. Vos sois musulman tambien.

—Sí, soy musulman, dijo con tono solemne el africano, mas no soy partidario de Zelim-Almanzor.

—¿Pero sabeis que es de él?

—Sé que vive y que los remordimientos le martirizan ya.

Isabel fijó sus ojos llenos de admiracion en su interlocutor. Cada vez le parecia mas incomprendible la conducta de aquel

hombre, pero no tardó mucho en saber qué horrible intención le había llevado hasta su presencia.

«¿Lo habeis oído? añadió el imperturbable Azam; Zelim-Almanzor tiembla al recuerdo de su crimen lo mismo que vos: — ¡Crímen! ¿Soy yo criminal por ventura? Huid, huid, desgraciado, y el cielo os perdone la sangre que habeis derramado ya.

— ¡Huir! No tardaré en hacerlo.... pero antes es preciso que yo acabe mi obra.... El tiempo urge!...» Isabel se estremeció. Sus temores no eran infundados. El tigre no había apagado su sed.

«¿No adivinais, señora, que esos hombres que dejo á mi espalda solo han sido sacrificados para poder llegar hasta vos? ¿No comprendéis que en este silencio que os rodea, que en esta sangre que tiñe mis vestidos y mis manos hay algo de justicia? Pues qué, ¿el crimen no tiene ya remordimientos? ¿Esta sangre no os recuerda la que fue derramada en la cueva del Lobo hace pocas noches? ¿Vuestro corazon no os dice que soy el vengador de Amina?»

— ¡Amina! murmuró Isabel recordando que aquel nombre había salido entre sueños de los labios de Zelim-Almanzor mas de una vez. Esa muger; añadió, es mi rival. Lo sé: por ella sufro yo hace algunas noches los desdenes del rey.... ¡ella está aquí.... se ama!»

Al hablar de este modo Isabel parecia haber recobrado un valor nunca sentido. Su rostro pálido se inflamó al influjo de los zelos y de la rabia, y hablaba como si no hubiera oido que Amina había muerto y que Azam venia á vengarla.

«Todo lo comprendo, añadió, en su loca desesperacion. Ahora adivino el significado de aquellas palabras que se escaparon de sus labios durante su sueño. «¡Amina, tuyo será el trono, pero déjame vivir á su lado!» Ella está aquí: estarán juntos, se habrán vuelto á amar, y yo quedo sola; abandonada, aborrecida de Dios y despreciada de mis gentes. ¡Matadme! ¿Os ha enviado ella?... Cumplid vuestra promesa.»

Este arranque de dolor salvaje é impropio del carácter de

Isabel, al mismo tiempo que revelaba hasta donde se había apasionado de Zelim-Almanzor, vino á confundir á Azam; y al querer meditar en lo que acababa de oír sintió que su cabeza no podía resolver todas las dudas que la asaltaron. Parecía cierto que aquella muger nada sabía respecto á la muerte de Amina. La odiaba; había oído hablar de ella; sabía que existía un amor mas antiguo que el suyo; sabía que tenía una rival, pero de nada podía acriminársela. Azam estaba casi seguro ya de que Isabel no era cómplice en el asesinato de Amina. Creyó que el crimen había sido meditado y ejecutado solo por el rey. Este pensamiento inyectaba en sangre los ojos del africano, y su febril mirada se fijaba sobre la débil víctima, sobre la pobre cristiana, que en un raptó de dolor se había acercado á su verdugo deseando que pronto la diera la muerte.

La verdad se había oscurecido ante los ojos de Azam. Las cosas se le presentaban de diferente modo de como él había creído. Dos veces se movió para acabar con la cristiana, y otras tantas un poder irresistible le obligó á no hacer nada. Con los labios descoloridos, con la frente pálida y con las manos temblando, parecía un condenado devorado por las dudas, por los remordimientos y por el crimen.

Isabel entre tanto permanecía á sus pies, y como una muger embriagada se arrancaba los cabellos gritando con voz entrecortada por los sollozos:

«¡Matadme! Si ella está á su lado, yo no debo vivir....»

—¿Habeis olvidado lo que os he dicho? Amina no existe.

—¡Dios mio! exclamó la cristiana fijando sus ojos llenos de espanto en Azam.

—Sí: hace cuatro noches que vuestro amante la arrojó á un abismo. Era un obstáculo para vuestra dicha y la quitásteis del medio.»

Isabel ocultó su cabeza entre sus hombros, y llena de temor fijó segunda vez sus ojos en el africano, el cual al ver aquella mirada que revelaba la inocencia, se hizo un paso atrás exclamando:

«¡Esta muger es inocente, y Dios no quiere que muera!»

En aquel momento, Azam que estaba colocado enfrente de la ventana que se abría sobre el jardín, y desde la cual se descubría un largo trozo del camino que conducía al campamento, vió al resplandor de algunas antorchas que una tropa de á caballo avanzaba hácia la casa del Renegado. El africano sacudió repentinamente su cabeza, como si hubiera querido libertarse de las nubes sombrías que la habían atolondrado, y se acercó á la ventana. También la cristiana se levantó y con paso vacilante fue á apoyarse en el alfeizar para ver aquella tropa misteriosa. Una terrible contracción nerviosa alteró las facciones de Azam. Su corazón comenzó á latir con nueva agitación, y llevándose la mano á la frente, exclamó con voz temblorosa:

«¿Veis esa gente?»

—Sí..... sí..... murmuró Isabel apoyándose en el marco de la ventana.

—Todos son musulmanes.

—¿Y qué traen?... parece que avanzan despacio.

—¿No adivinais el objeto que los obliga á venir á estas horas? exclamó Azam apartando violentamente á la cristiana para que no viera lo que aquellos hombres traían. ¿No comprendéis que os odian de muerte?....

—Sí..... ¡Dios mío!.... y vos os habeis adelantado.....»

Oyóse en aquel momento una confusa gritería. La cristiana creyó que eran gritos de muerte, Azam se estremeció. Eran voces de júbilo y de alegría.

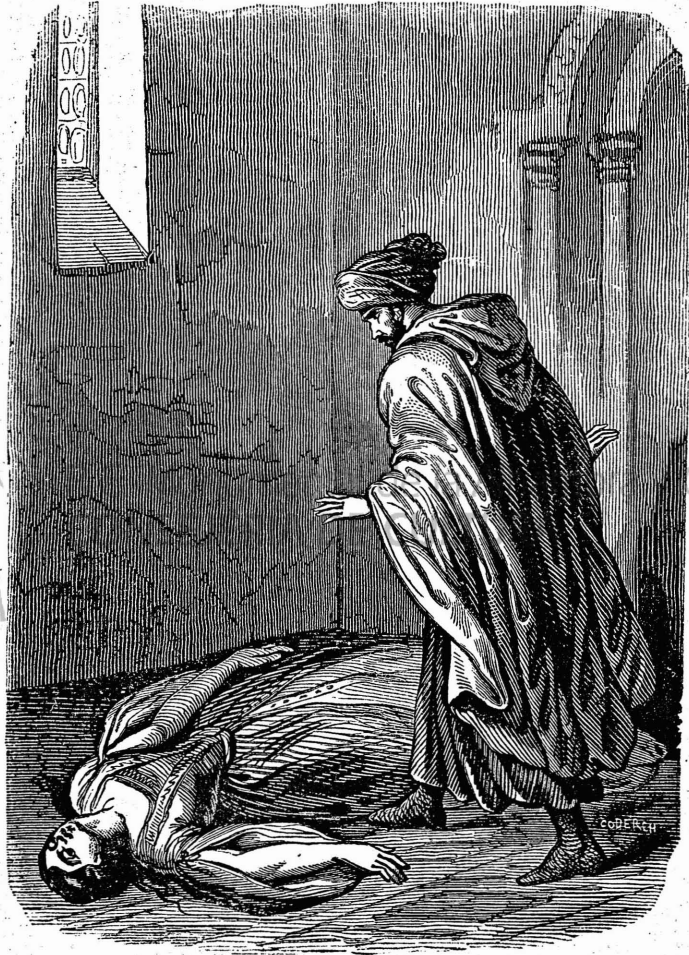
«Tomad, señora, exclamó el africano sacando una redomita de entre los pliegues de su ancha faja y alargándosela á la cristiana con risa satánica; tomad este veneno; él os evitará mayores sufrimientos.... ¡Pronto, bebedlo pronto!... Esos hombres son feroces..... es la hez del campamento.....»

Isabel levantó los ojos al cielo llena de suprema resignación y acercó la redoma á sus labios.

Azam apartaba la vista de la ventana para devorar con ella á su víctima. Cuando vió que la cristiana había tragado la mitad del líquido que contenía la redoma, elevó sus ojos al cielo exclamando:

ZELIM-ALMANZOR.

(Lám. 5.)



JUNTA DE ANDALUCÍA

Generalife

«¡Zelim-Almanzor, mi venganza ha de ser mayor que tu crimen!»

Esto diciendo, desapareció como un fantasma. Isabel quedó luchando con la muerte.

Mientras Azam se descolgaba por la ventana de la cocina, la cabalgada había llegado á la puerta principal, y encontrándola cerrada, Farax, que era el jefe de ella, mandó llamar fuertemente; pero nadie parecía moverse en la siniestra casa del Renegado. Un silencio sepulcral reinaba en su interior, y la lluvia que comenzaba á desprenderse de las negras nubes que vagaban por la atmósfera, vino á aumentar la impaciencia de los que en vano llamaban y volvían á llamar á la puerta.

Sakfan, que en otras ocasiones había acompañado á Zelim-Almanzor en sus visitas nocturnas á aquella morada, se apeó de su caballo, y dando vuelta á la casa fue á entrar por la tapia del jardín. La puerta que comunicaba con el corral estaba abierta, y la que conducía al patio lo estaba también. Los caballos relincharon al oír ruido cerca de ellos, y esto hizo estremecer al capitán africano.

«Podeis entrar, señores, dijo abriendo la puerta á sus compañeros; pero creo que algo de horrible debemos ver esta noche.»

Farax, Ajem, Gazul, Ajib y algunos otros se apearon de sus caballos, y Ajem se acercó á tomar un objeto oculto en un paño de grana que un criado le entregó con sumo cuidado.

«Arriba, señores,» esclamó Farax haciendo un violento esfuerzo.

«Sí, sí, subamos,» dijeron todos.

En la última meseta de la escalera, Farax, sintiendo sus pies humedecidos se detuvo, y vió que estaba sobre un charco de sangre. Subió dos escalones mas, y la luz que ardía en la cocina le permitió ver el cadáver de Modum.

«¡Ya os lo decía yo! balbuceó Sakfan lleno de espanto.»

Farax continuó avanzando. Sus compañeros le siguieron y llegaron al gabinete de Isabel de Meneses, en donde el asombro y el espanto se pintó en sus semblantes con los mas funes-

tos colores al contemplar el horrible cuadro que se ofreció á su vista. Isabel, próxima á morir, con los ojos velados por el vapor de la agonía, y con acento entrecortado por el estertor de los moribundos, murmuró:

«¡Asesinos!.... ¡Llegais tarde!....»

Ajem se arrodilló al lado de la cristiana, se poderó de su mano, y examinando su semblante con la atención del médico que quiere disputar una víctima á la muerte, exclamó:

«¡Estais envenenada! esa palidez..... esa crispatura.....»

—Sí..... sí..... por librarme de vosotros..... he aceptado el veneno que me ha dado él.

—¿Quién se ha atrevido?.... ¿Quién era él?

—No le conozco: pero ¡qué ve! añadió la cristiana fijando sus ojos en el objeto que con tanto cuidado habia subido Ajem y que libre del paño brillaba rico en oro y diamantes..... ¡Es una corona!.... ¿luego no sois asesinos?.... ¡una corona!

—Sí, el pueblo morisco ha querido dar á Zelim-Almanzor su última prueba de amor mandándoos esta corona y reconociéndoos por reina.

—¡Oh! llega demasiado tarde..... exclamó Isabel alargando la mano para tocar aquella insignia del poder supremo.

—¡Salvadla! exclamó Farax.

—¡Un contra-veneno! dijo Sakfan.

—En vano sería todo, dijo Ajem. Antes de media hora habrá dejado de existir. El veneno ha destrozado sus entrañas. La muerte es tan cierta como ineficaz sería el remedio.»

En aquel instante brilló un relámpago, sonó una detonación horrible, y un rayo cruzó por delante de los ojos de los que rodeaban á la moribunda y destrozó la corona.

Media hora despues Isabel de Meneses habia espirado, y los que habian ido á poner sobre su frente una corona, abandonaron la casa del Renegado.

«Creo, dijo Ajem al oido de Farax al ponerse en marcha, que nada bueno nos reserva el destino.

—Lo mismo pensaba yo, contestó el antiguo traficante de Fez.»

CAPITULO XXXIV.

El agente de Azam.

Los rayos del sol, al brillar en el Oriente, evaporaron las últimas nubes que vagaban por la atmósfera. La tempestad había concluido con la noche, y los moriscos que habían visto interrumpidas sus fiestas al anochecer del día anterior por causa de la lluvia, se despertaron gozosos á saludar el nuevo sol que alumbraba la tierra haciendo brillar sus sables y sus mosquetes. Sin embargo, no todos participaban de igual satisfacción; algunos había que en vez de disponerse para emprender su nueva campaña, andaban cabizbajos y meditabundos parándose aquí y allá para cambiar palabras misteriosas con sus mas íntimos amigos. Las ricas telas de seda que el día antes adornaban las tiendas, habían vuelto á ser guardadas en las arcas. Las alhajas estaban ya en sus estuches, y mas de una familia abandonó el campamento de Zelim-Almanzor durante las últimas horas de la noche. Era indudable que algo de funesto había sucedido mientras el pobre pueblo y la bullíciosa soldadesca se habían entregado al sueño. La tempestad había pasado sin dejar huellas en el paisaje. La tierra, falta de agua, había absorbido la que se había desprendido de las nubes. La atmósfera era mas pura, el sol mas brillante, los pajarillos surcaban el espacio en mil direcciones, y los ganados que se recogían alrededor del campamento trepaban por los montes vecinos conducidos por alegres pastores que entonaban sus canciones favoritas. Todo sonreía, todo hablaba al alma, y sin embargo, una nube de tristeza que el sol no podría evaporar con sus ardientes rayos vagaba por los semblantes de algunos moriscos é iba poco á poco haciéndose la reina del campamento. En muchos puntos se veían grupos que cada mo-

mento iban siendo mas numerosos, y nadie se oponia á que se formasen, sin embargo de que era para comunicarse noticias á cual mas alarmantes: para formarse aquellos grupos no era necesario mucho tiempo. La ansiedad hacia mover á todo el mundo, y bastaba que dos ó tres vieran salir de la tienda del rey á un oficial ó morisco distinguido para que se acercaran á él á saber lo que ocurría en la régia tienda. Los primeros que asaltaban al individuo que se suponía enterado de lo que habia ocurrido durante la noche, llamaban á otros muchos, deseosos de oír algo de nuevo. Un plato de miel no atrae mas moscas que curiosos atraian aquellos personajes.

Amed-Bekir, aquel morisco de quien en otra ocasion hemos hablado para decir que regaló un magnífico caballo cordobés á Zelim-Almanzor, acababa de salir de su tienda; y no bien se habria alejado de ella veinte pasos, cuando fue detenido por algunos amigos que con grande ansiedad le preguntaron por qué no se dejaba ver el rey, y por qué no se ponía en marcha el ejército.

«Cada cual, exclamó Amed-Bekir con tono solemne y conmovido, tiene sus opiniones, y la mia siempre fue la misma. Siempre dije que Alá no quiere que seamos dueños de este pais.

—¿Pero qué sucede? preguntó uno.

—Real y efectivamente nada que pueda hacernos temer; pero hay tantos accidentes que pueden influir en contra nuestra, que temo no sean bastantes á hacernos perder todo lo que habíamos adelantado.

—¿El Africa nos niega sus auxilios? preguntó otro.

—No, nunca ha ofrecido mayor proteccion. La armada del rey de Argel no pierde de vista nuestra costa, y el mismo Ochali, gefe de ella, vino ayer á saludar al rey en su tienda.

—¿Entonces por qué esa pavura que se retrata en todos los semblantes? ¿por qué ese misterio en la tienda del rey? ¿por qué no nos ponemos en marcha?»

El que así se espresaba era un oficial tan valiente como confiado. Los demas le miraron de una manera que indicaba

la sorpresa que les causaba oírle hablar en aquellos términos: Amed-Bekir se apresuró á contestar diciendo:

«Eso mismo preguntaba yo á Ajem y á Farax hace pocos minutos. ¿Por qué no nos ponemos en marcha? Pero á esta pregunta todos se encojen de hombros, todos esperan que el rey llame para recibir sus órdenes; pero el rey se encerró anoche en el pequeño kiosko que se levanta al lado de su tienda, y como dió orden para que nadie entrase en él ni le llamasen para nada, el kiosko permanece cerrado y ninguno se ha atrevido á quebrantar su mandato. La catástrofe de la casa del Renegado le ha causado una profunda impresion.

—No es extraño, dijo un morisco de rostro afable con acento de compasion.

—Eso no podia menos de suceder, dijo otro.

—Al fin era una cristiana, y Alá no podia aprobar esos amores, añadió un tercero.

—Nadie puede prever quiénes serán los autores del crimen. Zelim-Almanzor ha jurado enrodarlos á todos, dijo Amed-Bekir.

—Muchos debieron ser los asesinos, porque la gente que cuidaba de la cristiana era esforzada.

—Los criminales, añadió Amed-Bekir, obraron con mas astucia que valor. Uno de los criados apareció muerto junto á una fuente. Este debió ser asesinado en ocasion en que se hallaba llenando un cántaro, pues estaba tendido boca abajo. El puñal le habia atravesado el cuello por la nuca. Otro cadáver fue encontrado á doscientos pasos de la fuente, y por lo bien armado que iba y por el arcabuz que se halló á su lado, comprendieron que á favor de la oscuridad los asesinos pudieron herirle impunemente por la espalda sin que el infeliz tuviera tiempo para defenderse. El tercero, que era el mayordomo de la dama, estaba tambien asesinado de una sola puñalada, en el interior de la casa, junto á la puerta que separaba la cocina del recibimiento, y la cristiana se hallaba espirando en su gabinete víctima de un activo veneno. Ajem, que es médico muy sábio, nos ha dicho que jamás ha visto efectos mas rápidos en

ningun otro. La moribunda pudo ver aun la corona con que iban á adornar su frente.

—Añadid, dijo un musulman de rostro enjuto y mirada sombría que formaba parte del grupo, que Alá quiso alumbrar aquella escena fulminando un rayo que hizo añicos el régio presente.

—Es verdad; eso he oido decir tambien, dijo Amed-Bekir bajando los ojos ante la mirada penetrante de su interlocutor.

El personaje que habia interrumpido al respetable Amed-Bekir, era Azam. Azam que habia jurado la ruina completa de Zelim-Almanzor, y que despues de haber destrozado su corazon llevando la muerte á la casa del Renegado, acudia ahora á su campamento á sublevar los ánimos en contra suya.

«Esas cosas que contais son capaces de acobardarle á uno si no estuviera tan reciente la victoria obtenida sobre los cristianos, dijo un morisco; pero el rey pronto olvidará la muerte de su amada, para pensar en la guerra, añadió despues.»

Una sonrisa de sarcasmo asomó á los lábios de Azam, y luego fijando sus ojos en el que acababa de hablar, exclamó:

«En hora buena. El rey podrá olvidar esa desgracia, pero Alá no protegerá sus armas.»

Estas atrevidas palabras levantaron un murmullo de reprobación. El palafrenero del rey de Fez, el feroz Djam-Pulad, lo oyó impasible sin hacer el mas ligero movimiento: poco despues, cuando comprendió que su sangre fria y su impasibilidad le habian hecho dueño del auditorio, añadió:

«Recordad lo que sucedió antes de ayer con los estandartes que ondeaban en los castillos. El de la media luna fue abrasado por un cohete, y el de la cruz fue hallado ileso entre los tablones.

— Es verdad, es verdad, dijeron algunos.

—Aquello fue un mal agüero, y no era culpable el pobre cohetero.

—¡Mal hicieron en castigarle!

—Teneis razon, exclamó uno que hasta entonces habia guardado silencio; con el mismo motivo podia haberse intenta-

do castigar á la ráfaga de viento que ayer tarde hizo caer el turbante de la cabeza del rey, cuando ningun otro cayó.»

En aquel momento vieron cruzar por el campamento á una tropa de á caballo en direccion á la tienda del rey. Las miradas escudriñadoras de los moriscos se fijaron en aquella tropa, y poco despues vieron que uno que parecia ser gefe, entraba en la tienda de Zelim-Almanzor.

«¿Le habeis conocido? preguntó uno.

—No, no es el Tuerto.

—Es Aben-Rafi, dijo Azam.»

Aben-Rafi, que solo contaba veinte y ocho años, era un capitán tan valiente como simpático. Apenas oyeron su nombre, los moriscos quisieron saber el resultado de su expedición por los pueblos que baña el Turia. La presencia de aquel gefe era una verdadera sorpresa para todos. El mismo Amed-Bekir, que ignoraba su llegada, preguntó:

«¿Pero dónde ha acampado su ejército?

—¡Su ejército! repitió Azam con tono sarcástico.

—¿Qué? ¿por ventura ha sido batido? preguntó de nuevo Amed-Bekir.

—Solo le resta la gente que le sigue, dijo Azam.»

La sorpresa no pudo ser mas profunda. Los pobres moriscos se miraron con señales de pánico terror. Amed-Bekir bajó la cabeza, y se apartó del grupo como si solo hubiera esperado oír aquella funesta noticia para convencerse de que nada bueno les reservaba la Providencia. El grupo quedó murmurando sorda y siniestramente, y cada momento iba siendo mas numeroso. Muchos comenzaron á mirarse como si se preguntaran lo que debían hacer, y algunos, los mas cobardes, se deslizaron á la sordina para llevar el miedo á sus tiendas. En medio de este malestar, en medio de aquellos hombres que se agitaban al soplo de la desesperacion ó que inclinaban sus frentes bajo el influjo del pavor, Azam, nuestro conocido Azam, permanecía tranquilo, como si secretamente se complaciese en ver los progresos del miedo en los semblantes de los moriscos. Si alguna voz suversiva dominaba el rumor general, si alguno

ponía en sus labios el nombre de Zelím-Almanzor para demostrarle ó dudar de él; la alegría se marcaba en los ojos y en la boca del africano que se sonreía al oír los presagios de la tempestad. Cualquiera, al haberle mirado, hubiera creído ver al ave de mal agüero que estiendo su vuelo sobre el paisaje que pronto va á ser devastado. Había en la sombría mirada de Azam un conjunto de melancolía y de fiereza difícil de describir; el recuerdo de su señora podía hacerle llorar cuando la idea de la venganza no dominaba en su mente.

«Ya lo habeis oído, dijo Azam, después de habersé complacido lo bastanté en ver el horrible efecto que había producido la noticia que acababa de dar: Aben-Rafi ha sido derrotado: El encuentro fué bien terrible! Los cristianos, que avanzaban con fuerzas muy superiores, le encontraron en el valle del Berro y le atacaron de improviso: Aben-Rafi trató de retirarse y se vió cortado por todas partes. Casi todos sus soldados han quedado en el campo muertos ó prisioneros.»

—Permitidme que os advierta, dijo uno de los moriscos, que la noticia me parece bastante infundada. Hace cuatro días que fue batido el ejército cristiano y no tan fácilmente podrán organizar otro.

—Teneis razon, contestó Azam; y yo pienso como vos, que si los valencianos hubieran de venir solos á buscarnos, podíamos dormir en nuestro campamento sin centinelas ni avanzadas; pero esta vez vienen bien acompañados.

—¿Han recibido auxilios?

—El emperador Carlos V, dijo Azam, advertido de que en estas montañas ondeaba el estandarte de la media luna y de que cincuenta mil moriscos y musulmanes habían reconocido por rey á un descendiente de Zeit bajo el nombre de Zelím-Almanzor; ha mandado al señor virey de Valencia y al señor duque de Ségorbe un refuerzo de diez mil hombres.

—¿Qué importa eso? Que monte nuestro rey á caballo y pronto les veremos huir tambien, exclamó un morisco de formas atléticas.

—Vos habeis hablado bien, dijo Azam; que Zelím-Almanzor

se ponga al frente de nosotros, y aun podríamos conjurar la nube que amenaza el campamento; pero es el caso que el rey no solo no piensa en hacerlo así, sino que ha prohibido que entrasen á incomodarle en su kiosko. La desgracia de la casa del Renegado le ocupa mas que la que amenaza á su pobre pueblo, y entre tanto el ejército cristiano, envalentonado con el refuerzo de los diez mil aguerridos alemanes y con la victoria de anoche, asomará pronto por las colinas inmediatas. Sí, sí, añadió Azam; estad seguros que pronto veremos á los alemanes.

— ¡Alemanes! murmuró un morisco con un miedo que honraba á los soldados de Carlos V.

— Son tropas disciplinadas, dijo otro sintiendo el mismo idéntico miedo.

Los demas moriscos que rodeaban á Azam participaban del pánico terror que habian demostrado sus compañeros, y en su mortal ansiedad fijaban los ojos en la tienda del rey, en donde todó parecia indicar que algo de funesto obligaba á no salir de ella á los que alli entraban.

Azam miró tambien hácia la régia tienda, y exclamó despues:

« ¡Ya veis, nadie sale!... Son ya las diez, el ejército debia haberse puesto en marcha á las seis de la mañana, y ni el rey se presenta entre sus capitanes ni hay un capitan que vaya á tranquilizar á sus soldados.

— Acerquémonos á la tienda del rey, dijo una voz.

— Sepamos lo que en ella sucede, añadió otro.

— Marchemos, marchemos, gritó la multitud.

Entonces sucedió lo que no podia menos de suceder atendido el estado de agitacion á que habian llegado los ánimos. La tempestad, cuyos primeros rumores habian resonado al influjo de Azam, acabó por estallar con indecible furia, y el pequeño grupo que poco antes se habia formado alrededor de Amed-Bekir y que las noticias de Azam habian hecho harto numeroso, corrió hácia la tienda de Zelim-Almanzor llevándose tras sí á los soldados, á las mugeres, á los niños y á los ancianos que acudian á saber lo que habia ocasionado aquella su-